GABRIELA MISTRAL

PALABRAS PARA LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
AÑO DE 1948

PALABRAS PARA LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

Por segunda vez, tengo la honra de despedir a los graduados de la bienquerida Universidad que dejan esta Casa para entrar de lleno en la Vida con mayúscula pasando así del refugio al viento crudo.

Universidad de Puerto Rico

Ausente desde hace quince años de la patria borinqueña yo ignoro varias lonjas de su vida.

La primera albricia que me cayó a las manos fué una tarjeta postal que daba la estampa de la nueva Universidad. El enorme cuadrilátero, concebido y hecho en grande, como edificaban otras épocas sus fortalezas o sus seminarios, posado allí, sobre el cartón vulgar, me removió fuertemente. Por la imagen novedosa, yo me supe que ustedes han hecho de esa masa arquitectónica el corazón de su vida civil, su víscera más vital.

Es un deseo realizado por contadas ciudades éste de que el signo corporal de su cultura domine el ámbito patrio, señoreando sobre él, haciendo tal presencia que la ciudadanía no lo olvide y que lo disfruten, desde sus ventanas, lo mismo el viejo cegatón que el niño distraído. Creo en lo visual más que en lo auditivo. El bueno de Ruskin quería que las ciudades fuesen plantadas junto a forma inspiradora: montaña, gran río o catedral gótica. El celebraría la advocación a la cultura que declara la

fábrica blanquidorada de Río Piedras. Lograron ustedes lo que quiso el viejo fabiano: que no manden sobre la visión cotidiana ni casinos de juego ni bancos prósperos ni sociedades de agio ni aún las moradas de los ricos: domina allí esa Pentecostés permanente que trasmitirá la ciencia y las reglas democráticas y predicará para la justicia casada con la libertad.

Mi segunda sorpresa fué hallar en alguna estadística que vuestra Legislatura cede a la educación pública el 40 por ciento de su presupuesto, cifra que corresponde en otras partes al graso presupuesto de guerra... Defender tan alto porcentaje con destino a la educación, la cual en muchas partes hace de pobre vergonzante, yo creo vale por un "test" de la conciencia nacional.

Me trajo la tercera complacencia el leer que la miseria de la ciencia teórica y aplicada, de la cual me lamento en esta alocución, no reza con ustedes. La Antilla avisada se ha dado clara cuenta de que es ella la pionera fulminante que puede rehacer un mundo viejo, carcomido por los comejenes de cierta pseudo-tradición. (Esta decía respecto del campo: "Bueno es que sude el buey y el arador con él". Y respecto de la luz eléctrica: "Sea yo feliz y me alumbre un candil".)

Mi cuarta congratulación para la Isla la pongo en aquellos órganos complementarios de Facultades y Escuelas que son sus bibliotecas y su radio, aquéllas puestas a vivificar las materias de los cursos y ésta a divulgar cosas primarias, de las que viven ayunas las aldeas.

Mi quinta satisfacción arranca de la campaña oficial que busca la transformación de la vida rural por medio de viviendas dignas del hombre. Asimilo a esto el grito

de alarma que se da respecto de la salud pública tan desmedrada en el cuerpo del campesino.

Y como en cualquier juicio tiene que haber residuos amargos, anoto con dolor ese veintinueve porcentaje de analfabetos, que aunque esté por debajo del que toleran algunos países opulentos del hemisferio, debe ser visto como un punto ulcerado que nos empaña el decoro cívico y no digamos el electoral.

Cuando la institución universitaria llega en su matrícula a los 13,000 alumnos sobre población de dos millones, las cifras cantan rotundamente y sobra subrayarlas.

Una empresa del tamaño de esa Universidad, realizada sobre el territorio más urgido del Continente, no triunfa nunca por vía de azar ni madura sólo por gracia de los dineros. Tengo que alabar, por encima de todo, al país que ha sido capaz de tal sacrificio con el fin de ganar en honra cultural lo que siempre le faltará en bulto geográfico. Aquí como en todas las cosas, el sacrificio arranca de alguna ética muy pura. Dentro de nuestra raza, que tiende al derroche y quema sus recursos en vanidades caras y en "paradas" espectaculares, la Isla que en el mapa se rastrea como cuentecilla de vidrio, da el ejemplo de esa austeridad que anda extraviada como moneda de oro.

Hasta el niño pequeño que toca en la ruta con una construcción fenomenal se para a preguntar de dónde "brotó" aquello, quiénes lo hicieron. Es natural que yo, hija adoptiva de ustedes, me dé cuenta y diga: "¡Aleluya!". En tiempos de esperanzas huídas, es justo demorarse como el niño de la ruta, por palpar en lo que el brazo alcance y oír lo que se escapa por los ventanales: lecciones, coros y turno de voces y silencios.

Creo en la Universidad aunque atraviese hoy una crisis tan inesperada para quienes conocen la dulzura de vivir que es la "constante" isleña, la tolerancia congénita del antillano que menos odia y fácilmente nos bienquiere. Contra la marea que se ha echado sobre la hermosa Casa, y doliéndome esta vez la disidencia respecto de algunos o de un grupo de jóvenes, yo quiero admirar con el chiquillo de ojos limpios, cuánto se divisa de fuerte y de gayo en lo que levantó allí la comunidad puertorriqueña.

Sobre un vocablo

La palabra "disciplina" carga con viejas antipatías, tal vez á causa de que su segundo sentido alude al ramal usado en la azotaina del penitente... Pero en su significación recta, el vocablo apunta a cualquier patrulla de obreros enfilados en torno de la faena y señala igualmente la guardia que, al acabarse la obra, toma sobre sí el cuido de ella, en cuanto a criatura lograda a duras penas. De este modo, dentro de sociedades y grupos, "disciplina" quiere decir parvamente celo de un organismo precioso y vigilancia contra sus riesgos físicos y morales.

La Universidad, a lo largo de sus cuarenta y cinco años, ha usado la palabra desaventurada en sus tres significaciones primarias. Las patrullas de albañiles levantaron la bella fábrica obedeciendo a los planes de sus ingenieros; el Gobierno local y los Consejos directivos fijaron el tabulador minucioso que llaman "Reglamento", y al abrir las anchas puertas de la Casa, el Rector recitó la nómina de las libertades y las disciplinas.

El orden más elemental procura evitar dentro de una institución de 13,000 mozos los dos tipos de discusiones que envenenaron, peor aún, emponzoñaron, todas las pa-

trias sabidas y las corporaciones cívicas: Política y Religión se llaman tales hornazas. En lengua evangélica o laica, siempre se dijo que "la mansión dividida para en su perdición", y la gente española que conoció y conoce aún en carne viva el infierno de la división y del corte con sangre, tiene más razón que otra alguna de temerlo y detestarlo.

Por mucho y muy largo que sea el linaje de estas dos potencias universales, por anchos que sean los prestigios del legislar y el creer, y aunque el mundo haya recibido de ambas bienes indudables, y aunque las dos cubran ahora el horizonte, o precisamente a causa de la circunstancia tremenda que vive el mundo, aquella Universidad probadamente liberal tenía que negarse a cualquier Jefe político. La que esto escribe sabe muy bien que se trataba esta vez de profesional salido nada menos que de Harvard y de ciudadano amado por un flanco entero de la ciudadanía. Todo ello, siendo tanto, no altera la partida de nacimiento de la institución, en la cual la palabra "disciplina" tiene la determinación del riel y la vertical de la plomada.

Nadie puede olvidar, precisamente en estos días trágicos y delante de la caldera de legía que se ha vuelto la Tierra, que las naciones grandes viven su riesgo mayor y que las llamadas posesiones o colonias pequeñas se hallan más expuestas que nunca a que el huracán totalitario o la simple anarquía les desbaraten en semanas el su pobre puñado de paz. Ahora es preciso que el viejo rigor llamado "disciplina", eche sobre el mar la ojeada del guardián de faro y canturrée a la oreja de los optimistas la antigua máxima: "Cuida tu bien; es pequeño y se confunde con tu alma".

—"Dénnos la disciplina contra la confusión", está diciendo en estos momentos cada hombre que no ha perdido el eje de su alma. Y el limpio substantivo puesto en tela de juicio lo están repitiendo, por una contingencia singular, lo mismo los que viven sobre la calenturienta llanura francesa que sobre el agro idílico de Italia y los que mandan todopoderosamente sobre las estepas rusas... Y es que cada uno a su manera siente el horror del Viejo Caos de las Mitologías y masculla la palabra malafamada en una especie de obsesión.

Uno tuvimos cuyo nombre queda asimilado a la Leyenda Dorada de los Santos quien, siendo un "hereje" hindú, ha sido llorado aún por los catolicismos recalcitrantes: fué el viejo Mahatma Ghandi. Su vida también se llamó Disciplina y él la aplicó a sí mismo en grado más ácido que el del estoico y más absoluto que el del Estilita; él además la exigió a las trescientas millonadas de sus seguidores. La llamada "doctrina contra la Violencia" llegó a extremidades que parecen rebalsar las posibilidades del hombre, pero fué obedecida.

Dicho todo esto, quiero añadir, con tono alegre, que el fermento colérico de los jóvenes no debería quizás provocar un sentimiento próximo a la consternación. Casi todas las mocedades que maldijeron de sus autoridades escolares y desfilaron en hebra libertaria o liberticida, en procesiones dionisiacas o apolíneas, ríen de buena gana a los treinta años acordándose de sus furores sobrados y cuentan su aventura como una fábula a sus hijos, los cuales correrán también la vía pública cumpliendo la misma fogosa diligencia...

Un Rector

Conocí a vuestro Rector del mejor conocimiento que puede existir entre las gentes de cualquier meridiano terrestre: en mi sala de clase de esa Universidad.

Nada me debe él y nada le debo yo, aparte de la suave dicha que producen las coincidencias del espíritu.

Ignoro hasta hoy su partido y su religión, esos dos cabos que ligan a los seres por la vía emocional o por los intereses superiores.

Suelo encontrar palabras y obras suyas en algún cotidiano y por ellas sé que sin hablarnos, sin comunicarnos, ambos seguimos sentados sobre la piedra andina de ciertos principios, que las mismas substancias que nos alimentaban continúan corriendo por nuestra sangre y que la historia del mundo actual no nos ha desgarrado el paño denso que guarda en los dos el calor de lo humano. Nos dimos, en servicio a la vez pardo y ardiente, a la mejor familia, que es la humanidad, y en ese punto seguimos, sin que nos hayan separado las veleidades de las tornadizas "corrientes de opinión".

Continuamos exentos del miedo, cuyo temblor dicta a los individuos y a los grupos los "síes" fatales y que irrumpe sobre la cátedra o la morada que nuestra convicción nos puso a guardar. Nunca tuvo mucho que hacer con la pedagogía o con las artes la calle trotadora y congestionada, como que, en calles de Valladolid y de otras ciudades españolas, estudiantes locos hicieron la befa del Maestro indudable Don Miguel de Unamuno. Yo recibí de esa boca el relato quemante y lo trasmito a su discípulo fiel, Jaime Benítez, para doblarle la serenidad viril con que ha vivido la injusticia de los más suyos.

Creo y sigo esperando de ciertas juventudes que tie-

nen oídos finos y en la noche cerrada que ahora vivimos saben discriminar entre las voces francas y las susurradas, que vuelan el aire. Y sigo a la vez el trance patético de aquéllos que, como el indio quechua, se ponen pecho a pecho con su tierra, en el momento de la prueba, para oír, en vez de la algarada que pasa, al pulso fino que hace la savia en las raíces de sus tamarindos ancestrales. Son ellas especies de anclas vegetales sumidas en el suelo patrio y su reciedumbre se llama "raza". Escuchando a las sigilosas sabemos lo que ellas valen como inspiración y lo que quieren de nosotros y este coloquio nocturno con las raíces resulta incisivo, determinante y suavemente mágico. Entre estos fortificados por la tradición cuento yo al Rector Benítez.

Generaciones

Lo que llamamos una generación es hecho real y no mera denominación.

Cuando yo, de moza, miraba en las costas de Chile el juego de los oleajes, me gustaba seguirles los contrastes de altura, de color y fuerza o relajo. Nunca eran iguales esas cohortes de olas; cada una variaba en voluntad, ritmo y coronamiento de espumas. Los pescadores me contaban que sus órdenes diferían hasta por los peces, las caracolas y las algas que se traían de arrastre.

También las generaciones escolares se traen elementos que por variados y opuestos resultan ricos y excitantes. Desde el cuerpo de abogados hasta el de agrónomos, pasando por el de profesores y artistas, vuestro repertorio resulta ancho y hermoso.

Cada generación se pone a ensayar, como un grupo

de químicos otras elaboraciones sobre el viejo limo terrestre; ellas se echan de bruces a buscar a los parientes del radium en el montón de piedra molida, como lo hicieron los viejos Curie. Rastreen, ustedes, pues, hurguen y hallen lo que no les hemos dado nosotros, quienes tampoco lo recibimos todo de nuestros padres.

Una generación equivale a lo que en lengua militar llaman equipo y en lengua marina, tripulación, y a veces se vuelve un organismo enteramente diferenciado del cuerpo paterno.

Los estudiantes de literatura que me oyen saben también que las generaciones se diferencian a veces rotundamente. La humanidad que no quiere repetirse, ensaya modos y verbos diversos y esta voluntad suya viene de cierto pundonor; cada juventud desea "dejar algo nuevo en las barcas humanas", según decía el poeta.

Hagan ustedes su batalla, a fin de que conozcan el gozo viril que es corregir creando, sentimiento que también probamos nosotros cuando fué nuestro turno. Porque la creación expresa siempre la salud del alma, y el relajo en el taller que llamamos mundo vendría a ser un paro de la sangre, y la Vida, gran briosa, no quiere detenerse.

Tal liberación es alegre, yo lo sé, porque se parece a un visado de pasaporte para la partida hacia la aventura.

Por la despedida que les doy, corre algo parecido a una "Mea culpa". Pienso en que son muchos los problemas que la vieja gente no esclareció y menos aún resolvió, porque nuestros padres echaron sobre nosotros un fardo pesado con el que no pudimos sino a tercias. Pero a ustedes, gente en brasa, las construcciones mancas y los maderámenes a medio alzar les provocan encendimiento

y se lanzarán a rectificar acá y más allá, a confirmar y también a contradecir.

Mientras ustedes, alumnos graduados, sientan más fuertemente el hecho de que son los tripulantes de un barco lanzado a expedición nueva, su orgullo será acicateado y tal atizamiento fué siempre, desde los tiempos del "Vellocino de Oro" la causa de que otra mocedad luche y gane algún gajo de lo que se llamaba imposible.

Lo importante para nosotros, lo que nos trabaja en el momento de despedirles, es que ustedes, como los marinos, partan llevando buena carta náutica, que hayan objetivado desde esta misma Casa el itinerario del viaje, que sean unos Colones que carguen a lo menos un croquis aproximativo de su empresa. Para ayudarles dándoles de la mano a la mano el gobierno de su tierra y el influjo sobre el resto de la raza, nosotros necesitamos ver el contorno de la utopía que los trabaja y los agita. El entendimiento exige imágenes claras y para dejarles libre el epicentro del campo necesitamos que ustedes nos muestren eso que llamaba un gran francés "des idées precises" —ideas exactas—, diseños claros. El limbo es una región que no convida a entrar por su vaguedad, el mero vaho de las ideas tampoco incita, y la Iglesia, gran objetiva, ha acabado por suprimirlo en el cuerpo de sus creencias.

Busca la juventud de hoy más o menos estas cosas: un orden social en el cual las diferencias de clases no sigan correspondiendo a nombre y a dineros sino a la capacidad comprobada por el oficio o la profesión, es decir, a los valores reales. Todas ellas desean eliminar la lacra de la miseria que ha sido llaga en el rostro noble de la latinidad; todas quieren que el trabajo no sea asunto de

azar y de dolor, de casualidad desordenada y de esfuerzo doloroso. Y aunque se quiera ver sobre esas juventudes la costra de un materialismo craso que no mostraban las anteriores, la verdad es que ella va buscando a tanteos penosos una espiritualidad nueva.

Humanismo

Tentaré decir rápidamente la "saga" intentada y rota en varios pueblos latinos, unos del Sur, otros de Europa.

El humanismo, a pesar de su precioso nombre, a poco de nacer se fué volviendo mercancía de tipo suntuario, entre nosotros; él produjo grandes rectores de almas, como Bello y Hostos y algunas organizaciones bellas. Pero desde que el socialismo anegó a las juventudes de Europa y de América en una confusa avalancha, la preciosa herramienta de hacer hombres que llamamos humanismo, fué tirada al rincón como trasto viejo. La mayor desventura de nuestra América tal vez sea el haber liquidado aquel método eterno antes de poseerlo de verdad y de que nos valiese como formador del espíritu. Hemos quedado con la miel en los labios, según la expresión popular; no llegamos a su paladeo y menos todavía a la saturación de la costumbre doméstica y nacional por esa materia, que aún siendo tan humana, echa de sí los fulgores divinos que le valieron el amor del Catolicismo.

Ahora Francia e Italia, las grandes productoras de ideas, ensayan vagamente algo parecido al humanismo integral cuya fórmula se halla en libros admirables de Jacques Maritain; la zona que yo más amo de la mocedad sudamericana está ensayándola también.

Así como resultó pobre y enteco el humanismo en

ciernes de algunas universidades del Caribe y el Pacífico, también ha sido harto formal y ayuna de entrañas nuestra cristiandad criolla. Al Cristianismo le correspondía el haber puesto sobre las piedras sillares de lo greco-romano el coronamiento evangélico; pero sobrevino una especie de Gironda, formada de caporales y oradores que quisieron y lograron desentenderse del remate espiritual de la Obra, y rebanaron no sólo la cúpula de la Catedral sino que dejaron las naves despojadas de intimidad cristiana, de ese calor amoroso que es la congregación y la convivencia real de las iglesias todas. Desde ese momento, y con un despeño vertical, nuestra gente se puso a vivir en algo parecido a las casas de emergencia, flacas y feas, que se alzan en semanas y que se doblan pronto, quebradas como la flor de mayo... Jacobinos y girondinos mas uno que otro Marat criollos, se pusieron a reemplazar los bloques de piedra de la tradición diz que por la ciencia moderna que nacía con un "geyser" espectacular.

No había por qué despachar como a un criado viejo a la gran señora que fué y será siempre la cultura del Mediterráneo; mas, nuestros modales así políticos como pedagógicos, algo llevan de un atarantamiento de los nuevos ricos.

Mal hicieron los envalentonados: el pleito se zanjaba racionalmente añadiendo a las Universidades, con justa largueza las secciones científicas. No ocurrió eso sino que las briznas apenas asomadas del humanismo serían quemadas en varios países y que lo científico entró con una presencia borrosa de fantasma, es decir, sin capacidad para suceder a la patrona arrojada de las aulas. (¡Qué

congoja para usted, Maestro Alfonso Reyes, que miraba el espectáculo desde Europa!)

Desprestigio de las profesiones

Aunque la vida profesional de nuestros pueblos sea cosa de ayer, ocurre que tiene ya algún quebrajeo en su prestigio, cosa que acaece solamente en las instituciones de vida muy larga. Tenemos que confesarnos a nosotros mismos el que hay un sesgo de flojedad decadente en la vida profesional y el hecho, aunque todavía no aparezca grave, ya pide ser enmendado para prevenir la caída vertical.

La masa, que comprende ahora al pueblo y a la clase media empobrecida, poca fe pone en el abogado, masculla quejas contra el médico y mira con desabrimiento a profesores y maestros. Las causas son varias y sólo apuntaré algunas: La justicia falla en los juzgados si no en las cortes; el tratamiento médico sobrepasa, por caro, las posibilidades del asalariado; la labor de los educadores poco trasciende hacia la vida económica de la nación y hacia la vida familiar misma. No sobra, pues prevenir a los que dejan hoy esta Casa sobre la desvalorización de su clase y recordarle que los prestigios, como la vajilla de plata, necesitan, no sólo la conservación, sino de lustre, o sea de limpia y frote.

Tres modos de enmienda para el mal he visto, andando el mundo: Primero—Acrecentar la ciencia recibida, que se torna rancia a breve plazo o se reseca por la falta de relación vital con el ambiente, o bien —y esto es peor— que cae en un mero comercialismo y pasa a ser un simple agio más, una manera comodona de enriquecerse pronto. (Lo último no toca a los maestros, mal pa-

gados en casi todas partes). Observen ustedes el hecho y paren el mal: es una de las dolencias de los pueblos nuestros.

El proceso de esta rápida decadencia tal vez arranque del sentido nortecino con que se viven las profesiones y los oficios. Los latinoamericanos atribuyen al título, al simple diploma, un valor exagerado y confunden el estudio raso con el saber, el banco universitario con cierta promoción social y el cuadrilátero del diploma con un punto de arribo, siendo únicamente el indicador de la primera jornada.

Los pueblos nuevos son grandes cándidos y hay que confesar que han deteriorado muchos de los conceptos y los vocablos que nos prestó la Europa vieja y sabia. La palabra "doctor" por ejemplo, suena en el aire con tanto abundancia como "trigo" o "azúcar", porque el Doctorado ya hace oleadas de trigal en el Continente, y aquí como en todo, la vulgarización sobrada pasa al "choteo", y la abundancia del producto baja las cotizaciones lo mismo que en las bolsas.

Acaso el más lindo voto que puedan ustedes hacerse el día de hoy sea el de parar este descenso de lo profesional y el de corregir la infantilidad nuestra que toma la verja de la casa señorial por la casa misma y la verja se queda...

La cura del mal quizás deba comenzar en una cosa simple que parece juego pero que los libraría a ustedes de toda petulancia: Sigan sintiéndose estudiantes, ello será a la vez sentirse joven y saberse a media ruta. El ánimo del caminante no arribado les degollará la vanidad y les guardará entero el elán y la *acometida*. Porque cada ciencia y cada técnica se parecen a la fiera dura

de rastrear, coger y echar en el morral, y cada aprendizaje que mira a la especialización viene a ser la flecha disparada al infinito. No se engrasen ustedes en la satisfacción, no se sienten en la clásica mecedora tropical, dénse por pedagogo al Rigor, a pesar de su piel dura, y, como el trapense, vigílense día a día la complacencia sobrada de sí mismos. Cualquier satisfacción grande, como la persona obesa, acaba en la inmovilidad. Quienquiera que avalúe en exceso su logro o su hallazgo, no se aplica sobre la carne ningún cilicio de auto-crítica y se entontece a fuerza del muy pueril amor propio. El acaba tomando la vía de la pereza y ésta lo va a deteriorar bastante más que el buen sendero de la diligencia. Yo deseo que cada uno de ustedes coja el hábito de afilar a diario las armas de su profesión y no las deje ser ganadas por el orín o parar en romas por indolencia. Reflorezcan ustedes el árbol lacio del prestigio profesional. La profesión y el oficio se parecen a los dioses lares: ellos piden un culto diario. Cuando la fe en la medicina, en las leyes o en la pedagogía se relajan, lo mismo que cuando las religiones no sacan ya chispas de los corazones secos, bueno es alarmarse y entrar en averiguación minuciosa del proceso, porque lo acontecido será "el que la sal se ha ido volviendo insípida" y el paladar de las almas la rehusa por inútil.

Los profesionales y el pueblo rural

Nosotros, profesionales, vivimos hasta en los peores casos, algunas ventajas aupadas a privilegios. Ellas no corresponden siempre a salarios mayores sino a un mejor ambiente. Nuestros menesteres se desarrollan dentro de ámbitos limpios y a veces alegres. El trabajo intelectual,

si se pone en él un poco de organización —mejor dicho de "arte"—, contiene grandes dulzuras, y la mayor de ellas es la posibilidad de creación. Aunque la rutina suela llevarse lo más del tiempo, aquí como en la especiería unos granos bastan para embalsamar el día vivido y la gota de la creación refrigera la vida toda. Pero ni la máquina ni la gleba regalan la libertad ni dejan tiempo ni fuerza para que la imaginación retoce como la nube que hace y deshace a su gana del cielo.

Privilegiados son ustedes y les corresponde pagar un diezmo que viene de lejos, que antes era leve y hoy pesa más. Expreso o tácito, este devengar debe ser bien cumplido y aunque no sea cobrado explícitamente, el caso es de pagarlo sin llamado.

El profesional tanto como el artista, debe dar no sólo su ciencia sino su amistad cotidiana, al hombre y a la mujer cuyas vidas son unos largos y anchos purgatorios. Por que la miseria en ciertas labores y en climas fuertes de frío o de calor, mucho tienen de purgas que no purifican el cuerpo ni ayudan el alma, que exasperan o embrutecen por el tedio puro. Dije "amistad" pudiendo decir "ayuda" a secas, pues se trata de regalar alguna asistencia y compañía consoladora. Casi siempre el hombre culto resulta criatura fuerte y por lo tanto, capaz de confortar. Los recursos materiales son limitados, los del espíritu son mucho mayores de lo que creemos. Si la jerarquía social significa, como dicen, una "escala de valores", quienes manden en cualquier orden, esos son los más fuertes.

Nosotros, los llamados "intelectuales" debemos acercarnos al pueblo raso y gastar con él las horas que des-

pilfarramos en nuestra vana "vida social"; podemos, sí, convivir con él frecuentemente, yendo a sus fiestas familiares, estando en sus nacimientos, sus Navidades y sus duelos. Tal cosa no llega a hazaña, es rasa cristiandad y atadura de las clases que viven sueltas como los dados y extraviadas además. Aquello de las Patrias en cuanto a "familias nacionales" no es una hipérbole; cual más, cual menos, todos vivimos del pueblo, en formas diversas; él viene a ser algo así como el segundo suelo que nos afirma y la segunda atmósfera en la cual respiramos, medrando por añadidura.

Ahora que el odio corre el mundo vuelto ideología, llevando encima hermosos nombres propios y blandiendo u ocultando el lazo, y cuando la sordera de clase a clase ha parado en hábito empedernido, es preciso que aquéllos cuyo oficio es el de pensar por encima del "compromiso" y la casta, se pongan a enmendar y a rectificar a toda prisa. En lo dicho, no me refiero ni de lejos a sembrar un almácigo más de "liderismo": Esta búsqueda de las poblaciones huérfanas, este volver los ojos al campesinado debe estar absolutamente limpio de correteos y trucos de picaresca.

Ustedes, puertorriqueños, poseen, precisamente, una índole muy válida para crear un populismo exento de populachería, la concordancia entre los que, siendo diversos, no son opuestos. Porque hay en ustedes alguna recóndita cristiandad unitaria que en pocas partes el extranjero siente y que les ha librado de la xenofobia, lacra del mundo. Sólo les falta sacar a la luz esa esencia oscura y ponerse a vivirla en todo cuanto puede manar de ella: tesoros serán, maravillas de convivialidad.

En cuantos países he andado, vi siempre que el jue-

go entre ciudad y campo, el confluir de lo urbano con lo rural, la fertilización de lo uno por lo otro, ha hecho las naciones más sanas, las más compactas y estables. Y vi también lo contrario: las falsas "unidades" en las cuales el campo se parece al jorobado o el manco que vive amargado de alimentar a sus parientes válidos, o sea las ciudades-patronas, engrasadas de ocio, o que en ajetreo inútil parecen ardillas bobas, cogidas del fuego.

Entrañas fraternales ha de tener esa Isla para que vivan dos millones de hombres sobre tres mil quinientas millas cuadradas, sin echarse los unos sobre los otros en el pugilato de otros países. Ha habido en ustedes un instinto que les ha hecho no llegar en sus diferencias de partido a la brega sangrienta.

Esa cordura permite que sobrevivan las patrias pequeñas; cada ciudadano de ellas obra con la vigilancia y los tactos del que maneja una vajilla de porcelana china. Cada piececilla es tan frágil como preciosa, y no tiene repuesto: Son los pueblos que no deben perder nada, porque el Destino les dió poco. Y no han de travesear como otras a la fantasía tórrida, porque tienen lo justo o lo insuficiente. Como la granjera de ganancias parvas, estas patrias no pueden despilfarrar el trabajo y no se diga la sangre de sus hijos y estas colectividades afligidas tal vez sean las que yo quiero más, se llamen Italia, Bélgica, Dinamarca, Chile, Puerto Rico.

La Ciencia y nosotros

Me parece asunto digno de comento y también de ácida auto-confesión, la suerte que la ciencia teórica y la aplicada han corrido en la mayoría de nuestros pueblos latinoamericanos; pero dejo constancia de la cifra robus-

ta de alumnos que ha logrado en esta rama Universidad tan nueva como la vuestra.

He preguntado varias veces a los que mandan en los negocios educacionales sobre la causa de la inapetencia para las ramas científicas que demuestra el estudiantado de nuestros pueblos. La respuesta ha sido torpe o maliciosa.

—"No tiene la ciencia aquí *el ambiente* que ella requiere para que los alumnos la busquen y se decidan por ella."—

Entretanto, es poco lo que se hace para crear la atmósfera de incitación, y los estudios de leyes primero y los de pedagogía después, acaparan allá a la flor de la inteligencia. La razón de esos dos auges viene de que la abogacía conduce a la carrera política y por ende a los cargos suculentos, y que la enseñanza pública es una función de fácil ingreso y exige poco, aunque debería ser la que exigiese más, la que lo exigiese todo.

Los cursos superiores de Ciencias ralean o se desgajan a estas mismas horas del mayor florecimiento de ellos en Estados Unidos y en el Occidente y en Oriente europeo, donde su prestigio ya se asimila al de las naciones mismas. La sabia Alemania, caída después de su loca aventura nazi, se pone a revalidar sus laboratorios y a reorganizar sus empresas industriales, con un bello fervor que conmueve. Ella sabe que su rehabilitación y el recobramiento de su categoría le vendrán por este camino y sus propios enemigos de ayer comienzan a decir que "el mundo necesita de la ciencia alemana como de un aliado insustituible".

Y mientras ocurre todo esto en el mundo, los alumnados de varios países criollos dejan perder la savia de

su mocedad en el ejercicio más desprestigiado de la América nuestra, en la materia vieja y resobada de la politiquería criolla.

Es un quemarse en el umbral de la vida, un recaer en la fiebre tropical que agotó a nuestros padres y abuelos y es un taparse la cara para no ver que el auge de los países ya no arranca del vegestorio tragi-cómico de las demagogias, sean ellas de izquierda o de derecha, azules o rojas, llámense como se llamen, las muy ladinas.

En los modos que toman la modorra o el entredormir ibéricos, delante de la Minerva científica, austera y exigente, en el mínimo entusiasmo y en la indiferencia yerta con que la ojean, hay un torpor lastimoso que nos va llevando a la derrota dentro del campeonato científico que se ha vuelto el mundo.

En dos tercios de la América seguimos siendo los países de las materias primas, como quien dice, los parientes del Africa primaria; continuamos pagando a duras penas con nuestras bajas monedas, desde los arados hasta las ropas que nos visten; compramos buena parte de la farmacopea; la tapicería extranjera cubre nuestras habitaciones aunque seamos excelentes tejedores y la vajilla exótica brilla en nuestras mesas aun cuando España y Portugal nos trajeron sus cerámicas ejemplares. Países de selva, cuyo aire trasciende a madera, compran sus fósforos y su papel a la Escandinavia; y pueblos de costa desatada no se echan todavía al mar y continúan pagando el bacalo seco... Y esto y mucho más que parece fábula y es largo de contar es la verdad monda y oronda de nosotros a estas horas.

La gran miseria que anoto a las volandas y lo que dejo sin enumerar tal vez arranquen de nuestra ingenua

enseñanza "vocacional", del torpe engendro que llamamos con este nombre.

Porque no rastreamos la vocación del niño a las derechas, o sea, llevándole a vivir los talleres de oficios e industrias y menos aún los laboratorios. Son cosas vivas los oficios humanos y su ambiente físico, incluso desnudo o pardo, respira la magia del género, el espíritu de la especialidad; ellos están cargados del resuello doble que exhalan materiales y operadores, y por lo tanto es su convivencia quien puede revelar al muchacho si él se soldará a ellos como la bisagra a la puerta o la llave a la cerradura. Jugarretas o simulacros me han parecido siempre los ensayos para despertar la "revelación vocacional" que he visto en las escuelas y que nuca hallé en los focos ardientes del trabajo manual e industrial.

Y sobra decirlo: no hay en el mundo desventura mayor que el yerro vocacional, verdadera reversión del alma, engaño que nos hacen o que nos hacemos a nosotros mismos. Quien se dé el afán de observar al hombre fracasado, hallará siempre detrás de su desgracia una vocación inventada por los padres o los maestros, o por la propia víctima la cual abandonó al mero azar el negocio mayor de su vida. No existe desastre más grande que el no hacer la averiguación de nuestro destino auscultando nuestras potencias, pues quien se oiga el pecho obedecerá sin considerar otra cosa la voluntad de Dios escrita sobre sus facultades. Aquello de la vocación "irrevocable" poco lo sienten los desatentos a su alma, distraídos de su vida verdadera, y rara vez se hallan ¡cuitados! al tutor generoso que los palpe como un tejido y les revele su propia substancia.

Houssay

Desde la aridez desértica que son las actividades científicas en el Pacífico, ha subido en este AÑO DE GRACIA, una aurora que podrá encender a los mozos de nuestra raza: por primera vez el Premio de Medicina del Instituto Nobel ha caído sobre un investigador nuestro, el médico argentino Bernardo Houssay.

Sabíamos que la Universidad de Buenos Aires trabajaba en sus laboratorios con rumbos claros y desahogo económico, asistida así de lucidez y de recursos. Habíamos visto hacia allá una raza hermosa y además fuerte, gracias a una bien celada salud pública. Pero ignorábamos aún que ese núcleo universitario poseyese ya hombres tan maduros como para incorporarse en aquellas investigaciones complejas que se hacen sobre líneas delicadas de especialización. Ahora sabemos que, de un cabo al otro del continente, la pareja americana de los Cori y el Dr. Houssay perseguían la averiguación de la glándula pituitaria, con la bella coincidencia de los que no se conocen y sin verse, golpean sobre la roca terca de un problema casi intacto.

Creo que el caso Houssay cuenta para nuestros estudiantes como la clarinada que sacude a los dormidos y remece a los desalentados. El hecho de este Premio Nobel de Ciencia caído hacia el Río de la Plata significa diez veces más que un premio literario cualquiera. Porque el fabular o el versificar prosperan en los cuatro cantos del planeta, lo mismo bajo la tienda árabe que en la cueva de los lapones; pero la hazaña científica vale como testimonio de una civilización efectiva y es el racimo ya sin agraz de una patria en sazón. La buena nueva, me llegó en un suelto de cuatro líneas y me sacudió con un ca-

lofrío que nunca nos darán las planas en que los cotidianos cuentan el cambio del régimen tal o nos regalan el rostro desaforado del caudillo No. 100. Entre las hazañas civiles tengamos a la argentina como la primera y más alentadora y manden usted al sabio del Plata el ¡Evohé! de los jóvenes griegos.

Cuarenta años de dos ojos hincados sobre un problema, persiguiendo la dolencia del sabio y del hombre bueno, constituyen la historia del varón ejemplar en el cual se abre la gloria médica de la América del Sur.

El suceso es como para regocijar a todos, pero él entraña además, una lección que levantará la baja temperatura de los pueblos displicentes hacia la brega maravillosa de los laboratorios. Un campeonato de boxeo que hiede a mal sudor, unas carreras de caballos cosacos, una danzadora de gran Casino, encienden más al público que la gesta contra el dolor cumplida por hombres oscuros que constituyen la reinvindicación del pobre género humano.

Cuento como mi mejor excursión por vuestra Isla la que hice acompañada del Rector, Dr. Carlos Chardón.

El botánico iba contándome su tierra y señalándome los cultivos con amor de patriarca que recuenta su prole. De pronto bajó del automóvil para adentrarse en unas cañas a manosear el borde del cañaveral. Doblado sobre algo que yo ni veía, él resobaba hojas y tallos; seguía en el polvillo pegado a los dedos a unos insectos mínimos, con su vista de lupa habituada a lo infinitesimal. . .

Entonces recordé lo que él se callaba: la salvación del cañaveral en cierto año de infección y ruina, el trueque de la especie averiada por un ejemplar javanés y la salvación de los plantíos a quien puede tener por hijos

suyos... Luego vinieron los viajes del curador de plantas por Venezuela y Colombia en otros encargos de salvataje vegetal.

También esto pueden tenerlo por una "saga" los alumnos graduados; en ella se abrió para ustedes el continente sur, que empezaría a enviar a la Borinquen inédita agrónomos faltos de técnica e igualmente se abrieron a los profesionales vuestros los países del Sur, hacia donde podréis llevar experiencias que allá ralean, porque vuestra Universidad ha entrado en su mayoría de edad y es capaz de prestarnos métodos, dándonos en lengua española lo que recibisteis de Estados Unidos. Que no ahogue a ustedes la brevedad de la Antilla menor: se crece en todas direcciones; gracias a Dios; el perímetro de un suelo no es todo: la dimensión arranca de la voluntad, y el vivero, (de plantas, de peces o de espíritus) puede tener unos cuantos palmos: eso le basta al creador y al de ánimo empecinado.

IMPRESO EN LA
IMPRENTA SOLTERO